

## **Narra un cuadro**

*El velázquez de París*

Carmen Boullosa

¿Escribir un velázquez? ¿Cómo es eso? ¿Estamos hablando de un nuevo género literario? Probablemente. Y Carmen Boullosa (Ciudad de México, 1954) es su posible precursora. *El velázquez de París*, donde el apellido del célebre pintor andaluz adquiere jerarquía de objeto precioso, es la más reciente aventura estética de esta autora mexicana que nunca se ha conformado con escribir buenas historias sino que va mucho más allá del gusto por narrar. Presiento que la intención de Boullosa, más que escribir una novela, fue "narrar" un velázquez, es decir, trasladar el apoteósico imaginario de este pintor al lienzo no menos peliagudo de la literatura, de tal suerte que el efecto que produce la lectura de *El velázquez de París* es la de estar contemplando un cuadro y no leyendo una novela. Dueña de una imaginación ídem, Carmen Boullosa recrea *La expulsión de los moriscos*, la obra mítica de Velázquez, presuntamente extraviada durante el incendio del Real Alcázar de Madrid, la nochebuena de 1734 y la recrea, confiesa, tomando de aquí y de allá fragmentos de Vincent Mestre, Jerónimo Espinosa, Fortuny, Pere Oromigi y Carducho, acérrimo rival de Velázquez. Esa obra, se nos aclara en el libro, no fue recuperada sino hasta hace muy poco, cuando ya Boullosa había concluido este relato, razón por la cual no podía haber conocido el original. En pocas palabras: se inventa su propia *expulsión de los moriscos*.

La narración central, es decir, la historia de cómo *La expulsión de los moriscos* fue rescatada de las llamas y del penoso periplo de su salvador es antecedida por un par de textos anecdóticos

donde se nos ubica en el contexto de la depresión parisina de su autora, que ha perdido a uno de sus mejores amigos (Roberto Bolaño, a quien Boullosa anima con la misma efectividad que al cuadro mítico de Velázquez) y ha finiquitado un matrimonio de varios años. Tal es su estado de ánimo al momento de presenciar la escena que desencadenará su imaginación, y tendrá lugar en una de esas románticas cafeterías de París: un viejillo raboverde ha llegado, escoltado por dos bellas adolescentes de notoria extranjería. En principio, a la escritora mexicana le repele la visión de aquel trío que hiede a tráfico carnal y a pederastia, e intenta no prestar atención, hasta que el viejo lanza una afirmación contundente que hará girar más de una cabeza, la de Boullosa entre ellas: él tiene en su poder la obra extraviada de Velázquez; sí, él es el dueño absoluto de esa pieza invaluable de la cual no pretende deshacerse ni por todo el oro del mundo. La escritora que habita en Boullosa se engancha a las afirmaciones del vejete, quien manosea con descaro a sus acompañantes: "Yo debí interesarme en las vidas de las dos jóvenes *escorts*, en las dos compañeras a sueldo, escribir sobre ellas una novelita corta sobre temas 'muy actuales'. Y no lo hice. Me importaron un bledo. Soy una insensible, y me paso los temas actuales por los alamares". La narradora se ve forzada a reconocerlo: el mismo que le ha inspirado un desprecio cercano al asco acaba de hacerla ver el mundo sostenido por el pincel de Velázquez.

Es entonces cuando Boullosa narra el hipotético rescate de la obra y atribuye tal gracia a un mozuelo de doce años llamado Mají que forma parte de la servidumbre del palacio. Difícilmente un muchachito moro que no ha tenido acceso a la educación (ni siquiera sabe leer) se sensibilizaría al grado de exponer su

propia vida para salvar a un velázquez de las llamas, pero da la casualidad de que Mají descende nada menos que de los antiguos señores de aquel palacio, para ser precisos, de Muhammad ben Abd al-Raaman, ben Hayan, de mediados del siglo XI, y que, según afirman su tía y su mamá, su bisabuela aparece retratada en aquel cuadro. Pese a que, como en todo cuadro de Velázquez, también llamado "el Shakespeare de la pintura", *La expulsión de los moriscos* es multitudinaria, es decir, poblada por cientos y cientos de personajes, Mají tiene perfectamente bien ubicada a su antepasada que es, básicamente, el único valor que para él encierra aquel marco. Este incidente es muy ilustrativo respecto de la insensibilidad hacia el arte de las mayorías al que también se alude cuando, con extrañeza, Boullosa se pregunta cómo es posible que haya dejado pasar la oportunidad de escribir una novela sensacionalista sobre el vejete y sus amiguitas, concentrándose en el erudito monólogo sobre Velázquez con que el viejo ha pretendido deslumbrar a dos muchachitas más entretenidas con el sabor de la sopa. Durante la travesía emprendida por Mají para salvar no al cuadro, sino a su antepasada inmortalizada en él, y a la que se incorporará una singular pareja de amantes conformada por una gitana y un cura apóstata. Asistimos no sólo a la recreación de la mítica obra sino a su paulatina destrucción que representa la ceguera de las mayorías ante la belleza: *La expulsión de los moriscos* será tasajeadada, dividida, cercenada, meada por un burro, salpicada de sangre, hecha tiras para, finalmente, sobrevivir al ultraje, poseedora de ese poder autorregenerador de las grandes obras. *El velázquez de París* perpetúa, en cierto modo, el deslumbrante mural literario que representa *La otra mano de Lepanto*, magistral novela, equiparable apenas con *Porque parece mentira*

*La verdad nunca se sabe*, de Daniel Sada (de hecho, Boullosa y Sada son de los pocos autores mexicanos que han exhibido ambiciones cervantinas), y que pasó injustamente inadvertida en México —ni siquiera se le menciona en la lista de las grandes novelas mexicanas de la segunda mitad del siglo XX publicada por *Nexos*, siendo que se trata, me atrevo a afirmar, de la gran obra maestra de la literatura mexicana de fin de siglo. En la obra que nos ocupa Boullosa logra reproducir en palabras el universo en perpetuo movimiento del pintor aludido. Como en un velázquez, *El velázquez de París* parece de pronto manchones, movimiento, puro movimiento y la exquisita perfección de aquel que borra y borra y borra, que sería el caso también de Rafael Sanzio, de quien Boullosa reproduce la anécdota de su rivalidad con Miguel Ángel y de lo que éste dijo cuando sus espías le informaron que el joven Sanzio borraba más de lo que pintaba: “¿Hace y borra, quita y pone? Ése sabe y a ése temo”. Con este libro de la mexicana Carmen Boullosa, la prestigiada editorial española Siruela conmemora en 2007, a un tiempo, el 25 aniversario de su sello y el número cien de la colección Nuevos Tiempos. ®

—Eve Gil